

los Milciades opuestos á los romanos, pues Roma no aparecía como una ciudad, aparecía como una diosa, disponiendo á su antojo del cielo y de la tierra.

— ¡Magnífico, magnífico, magnífico! — dijeron los tres interlocutores de Lucano tras esta descripción de la heroína, que creyeron todos por su ciencia descriptiva y por su corte de todo punto épico muy del poeta romano que brillaba en aquel minuto con extraordinario brillo y tenía en su imaginación una heroica epopeya de la libertad y de la República romanas.

— Los deberes se hallan en correlación estrecha con los dones recibidos del cielo — dijo Séneca. — Yo aguardo siempre de los dioses que Nerón oiga mis lecciones, y si no restaura la República por ser intento imposible, gobierne como si en lugar de ser un emperador fuera un magistrado. Pero bueno es hallarse prevenido, muy bueno. Y ya que los dioses te han dado una resonante lira, bueno será que la pulses, Lucano, por la República.

— Vuestros consejos son mandatos. Yo no hago ninguna otra cosa más que trazar cánticos de libertad en mi fantasía. Y para mejor seguir los avisos de vuestra conciencia con las sugerencias de mi espíritu, yo me fijo en el período en que murió la República y quiero cantarlo.

— Pues cántalo, cántalo, cántalo — dijeron por tres veces los tres interlocutores del poeta.

— Lo cantaré mezclando el rayo de sol que despiden vuestras inteligencias, ¡oh Séneca y Persio!, con el rayo de luna que despiden los ojos de mi esposa — y abrazó á Pola.



CAPÍTULO IX

«LA FARSALIA» DE LUCANO

— ¿No te parece, amigo mío — preguntó Persio al poeta épico, — mejor asunto que los postreros días de la República los legendarios de la primitiva Roma? ¿No podría tentar tu corazón y tu fantasía un asunto tal como la persona de Numa, por ejemplo, asunto de toda poesía?

— La verdad es que, según sus aciertos — dijo Séneca, — no parecía por una divinidad aconsejado Numa, parecía una divinidad en persona. De noble nacimiento, de virtuosa familia, de ocupaciones altísimas como son todas las referentes al espíritu, de calma interior procurada por una religión y por una filosofía superiores, amaba sobre todos los estados un estado de paz, y no podía resolverse á dirigir pueblo como el pueblo rey, empeñado en fiar todos sus adelantos y todas sus ventajas al combate continuo, exterminador y horroroso. Así, cuando los enviados de Roma le cercaron y le prometieron la corona de Rómulo, instándole con súplicas, Numa opuso á sus instancias la consideración del enorme trabajo y de las agudas penas que le traerían unos deberes tan altos y tan múltiples, tras los esfuerzos empleados por él en su vida toda para

conciliarse aquella paz del sabio, superior á todos los dolores y exenta de cuidados. Mas como insistieran los embajadores, Numa les respondió que no podía recibir cargo tan repulsivo á su temperamento como el cargo de monarca sin el voto concorde y unánime de todos los llamados á designar el primero en las monarquías. Convinieron en esto y se presentó en la grande Asamblea nominadora, donde no le faltó uno siquiera de los electores congregados y legítimos. Tras tal votación, que le nombraba materialmente, lanzó el pueblo entero un clamor de fragoso regocijo. Pero Numa objetó que la elección aquella no se podía dar por hecha, faltándole, como le faltaba, el asentimiento de los dioses, á quienes debía consultar desde la montaña Tarpeya después de haber consultado al pueblo desde la montaña Palatina. Los sacerdotes le precedían, los adivinos le rodeaban, é instalado en la tierra verdaderamente litúrgica del viejo cerco romano, el jefe de los augures le veló completamente la faz, le volvió al Mediodía, é imponiéndole su diestra mano sobre la frente, convirtió los ojos avizores á los cuatro puntos cardinales para escudriñar y saber, bien por el vuelo de las aves, ó bien por el soplo de los aircillos, ó bien por otros signos análogos, si lucían ó no signos favorables y prósperos. Un silencio sepulcral reinó durante la ceremonia. El pueblo levantó una oración interior al cielo para volvérselo propicio; tanto recelaba perder la dirección y gobierno de aquel hombre. Al fin por la derecha de Numa vinieron los augurios felices, las aves buenas; y al verlas, tomó la vestidura real, compuesta de lino y púrpura, declarándose monarca. El pueblo lanzó agudo grito de alegría y le bendijo con toda suerte de bendiciones clamorosas. Su primer acto de soberanía fué licenciar la guardia, por su predecesor adscrita desde los primeros días del reinado á la persona regia. Esos aparatos denotan, ó que desconfía el pueblo de sus jefes, ó que desconfían los jefes del pueblo. En uno y otro caso un buen monarca no debe reinar. Y fiado en esta confianza él, aumentó los flamines al colegio sacerdotal romano; extendió y multiplicó las fiestas litúrgicas en que los pueblos se congregaban; llamó los ojos del vulgo hacia la idea invisible representada por las estatuas y simulacros visibles de los dioses; substituyó los sacrificios cruentos con hidromiel y harina y libaciones; creó y organizó el Pontificado máximo; consagró por medio de las

vestales el fuego sacro que debe arder eternamente dentro de Roma como en el sol su lumbre; purificó el culto prestable á los muertos; erigió el templo de Jano á la paz y otro templo á la buena fe; impuso públicas horas de recogimiento y de silencio; consagró la propiedad conjurándola y perpetuándola por medio del dios Término; dulcificó las relaciones sobrado adustas de los padres con los hijos; añadió al año, compuesto de diez meses y empezado en marzo, enero y febrero; dispuso fiestas públicas muy semejantes á libres asambleas, donde pudieran los pueblos vecinos ó aliados congregarse; y todo lo hizo inspirado por esa ninfa Egeria, que fué como una musa para él y una verdadera divinidad para su pueblo y para su tiempo.

— No me habléis ¡oh Séneca! de tal cosa. Bien ó mal es Numa un monarca, y cuando tanto nos apena el mal de la monarquía con este Claudio y este Nerón, de suyo perversos, no me parece acertado el volver los ojos á instituciones análogas con aquellas de que tan tristemente nos quejamos. Y no contemos con que Virgilio y Ennio han ya cantado la primitiva historia romana en forma épica — dijo Lucano.

— ¿No te parece — replicó Pola, llevada por su amor á la divinización del sexo á que pertenecía — un magnífico asunto el origen de la República? Podrías pintar en él aquella familia romana que los republicanos fundaran y que ha destruído el Imperio. ¡Cómo cantarías nuestros hogares!

— Ya comprendo, Pola, que deseas — dijo Lucano — presentar en la futura epopeya el carácter de Lucrecia, por ejemplo, frente á caracteres como los del Imperio, frente á Livia y Agripina.

— Una diferencia enorme y muy característica — dijo Pola — existía entre la casa griega y la casa romana. Mientras en la primera, más vecina de suyo al Asia y con el Asia más correlativa, existía un gineceo, apartamento destinado á las mujeres, pálido re-



Dios Término (estatua del Louvre)

cuerdo, pero al cabo recuerdo, del harén oriental; en la segunda, mujer y marido disfrutaban de las mismas habitaciones, lo cual traía mayores intimidades á todos los miembros componentes del hogar y mayor predominio á la esposa sobre su cónyuge y á la madre sobre sus hijos. Dadas las costumbres latinas, que facultaban á la mujer para en su hogar presidir, no solamente las visitas, la hospitalidad, fácilmente se comprende que Lucrecia debió instalar su visitante y huésped en el más cómodo lugar, y por tanto, dentro del peristilo, en habitaciones quizás lejanas á las suyas, pero dando sobre los patios interiores. La virtud verdadera no peca de recelosa. El mal y el vicio se conocen poco por aquellos que no los han vivido realmente. Una mujer se creía tan segura en su lecho como una diosa en su ara. El romano de aquellos primitivos tiempos ofrecía tanto culto al honor de sus matronas como al poder de sus divinidades. Lucrecia no se curó ni de puertas ni de cerrojos, pues no creía posible ningún atentado á su honra, guarecida por el culto de los romanos á estas instituciones de la familia y á sus tradiciones y á sus liturgias. Habíase casado por la confarreación. Diez testigos nobles asistieron á su boda. El pontífice la bendijo con bendiciones de rúbrica. Un sacerdote flaminio asistió al pontífice. Las haces resonaron en los vestíbulos del hogar paterno, ceñidos con flores frescas y olorosas. El sagrario brilló dentro del hogar como debe á la continua brillar en todo festejo doméstico. Admitido el esposo y declarado que participaría de sus lares y de sus cultos, quedó, como parte de su ser propio, entrando en la participación debida de su sacerdocio, pues todo jefe de familia es un sacerdote y toda madre de familia un asistente necesario al oficio y ministerio sacerdotales. Todo esto fué coronado litúrgicamente con el sacrificio á Juno, protectora del matrimonio, y la oferta de un pan amasado por la novia, dos libaciones, una de vino mielado y otra de leche, los holocaustos ó inmolaciones de víctimas ó animales, á los que se les arrancaba la hiel á fin de arrancar con ella todas las acerbidades y todas las amarguras á los dos esposos. Después los jóvenes de la familia del esposo habían fingido robarla del regazo de su madre, y ésta le había dado una rueca llena con albo copo de lana en su tope y acompañada del huso, timbres y blasones verdaderos de su delicado y hermosísimo sexo. Todas estas ceremonias daban al

hogar patricio aspecto de templo, al tálamo de altar, al cubículo de santuario, al marido y á la mujer de verdaderas divinidades, al matrimonio de una religión. Desconocer la hospitalidad, herir á un amigo en su honra, profanar el lecho nupcial, obscurecer con beso adúltero la frente de una matrona, desconcertar la familia, desoír el mandato de la propia conciencia con el mandato de los dioses lares, era como arrancar á Roma la piedra más fundamental de todas sus instituciones, la piedra del hogar en larga serie de crímenes contra el derecho público y el derecho privado, contra la ciudad y contra los dioses. Pues nada contuvo al perverso Sexto Tarquino la noche aquella, en que creyéndolo todo permitido al heredero de un trono, deshonró á Lucrecia. Caída ya toda la gente alrededor suyo en profundísimo silencio, y trocados al sueño primero los seres activos en seres inertes, coge Sexto Tarquino, á la cabecera del hospitalario lecho granjeado por el cariño de una grande amistad, su espada de general, que para mayores empresas le diera su patria, y se dirige al cuarto de Lucrecia, sorprendida del todo: que su inocencia, su castidad, su virtud, el respeto á sí misma, el sentimiento de su honor, la confianza en el príncipe llamado á reinar sobre su patria, le habían afianzado una inviolabilidad como la que pudieran tener, ya lo hemos dicho, las divinidades romanas en sus templos respectivos. El espanto de Lucrecia no tuvo límites al ver en su presencia, inclinado sobre su lecho, á Sexto Tarquino, desnudo, en una mano su luz, en la otra mano su espada, notificándola el apetito que sentía por ella y su resolución de satisfacerlo á toda prisa y á toda costa. Con ese pudor propio de la mujer, Lucrecia se acurrucó en la cama, se tapó más y más el cuerpo con las sábanas, y dijo podía darle aquel infame ladrón doméstico á mansalva muerte, pues prefería la pérdida de su existencia inmediatamente á la pérdida de su honor. Pero Sexto Tarquino le respondió cómo su honra se hallaba más perdida negándose que cediendo, pues proponíase, después de matarla en el acto, traer un esclavo, colocarlo junto á ella desnudo y muerto en el mismo lecho para difundir la especie de haberlo enamorado y atraído á sus brazos la matrona, en los cuales sintió un goce intenso, despertador de una pasión demente, á cuyos impulsos la mató, arrancándola por este arrebató de intensa desesperación á las caricias de su esposo, ge-

neradoras naturales y facilísimas de los desapoderados y rabiosos celos. Tras reflexiones, súplicas, instancias, amenazas, resistencias múltiples, en que palabras y lágrimas y fuerzas se agotaron, Lucrecia fué vencida por la tenacidad inconcebible de aquel avieso raptor, quien salió huído seguidamente hacia el campo militar, más orgulloso de su crimen, atentatorio á patricios y á dioses, que satisfecho de placeres tan resistidos y por fuerza física é imposiciones brutales torpemente alcanzados. Lucrecia, por su parte, congrega la familia, toda la familia en torno suyo, pues los individuos varios de ella, los parientes en grados próximos, componían como una especie de senado en el hogar y gozaban en lo que podríamos llamar con propiedad hoy el voto consultivo. Llegan á este llamamiento su padre Lucrecio y su esposo Colatino en compañía de otros deudos, entre los cuales resaltaba por su concentración y por su silencio Bruto, tío de Colatino. Al verlos, el sollozo lanzado por Lucrecia partió el corazón de los suyos, herido y despedazado. Tras este sollozo supremo, en frases entrecortadas por los suspiros, con estremecimientos de dolor imponderable, les narra lo sucedido y les comunica su resolución de matarse. Al oirla, quieren ellos evitar el suicidio; pero con la rapidez del rayo saca un cuchillo que llevaba oculto en los pliegues de su traje, se lo hunde con furor en el pecho y cae sin aliento á los pies de los suyos, muerta y acabada por avivar y sostener su honra. Lucrecio y Colatino, con el dolor propio de padre y esposo, abrázanse cual dos náufragos próximos á morir juntos, y sólo sienten la idea y la voluntad incontrastables de morir con la mártir que acaba de inmolarse por ellos como víctima ofrecida en aras del honor. Pero Bruto, menos interesado en el aspecto doméstico de aquella tragedia y más interesado en el aspecto político, saca de la herida el puñal, y por aquella sangre casta y pura, goteando del arma, jura fundar un gobierno libre y destruir con los monarcas etruscos la monarquía romana. Dicho tal juramento, conjura los ánimos de cuantos allí se hallan para que á él se asocien, y los conjura con sobrada elocuencia. Tenido por mudo y por imbécil desde su primera juventud, aquella inteligencia que se alza vigorosísima y aquella palabra que resuena elocuente aparecen como un milagro divino y como un augurio celeste á favor de la naciente República. La promesa de concluir con los tiranos

dada sobre aquella arma ensangrentada y humeante se transmite de labio en labio por la ciudad de Colacia, que pide á una la exposición del cuerpo mártir y el cumplimiento de una cruenta venganza. El dolor de Lucrecio, la desesperación de Colatino, la elocuencia súbita de Bruto, mueven los ánimos primero á compasión y después á entusiasmo. Los dos grandes motores de las acciones humanas, el odio y el amor, se juntan; amor á los héroes libertadores, odio á los tiranos vencidos, y de consuno destrozan aquella monarquía corrompida y funden una tan fuerte como austera República. Así la nueva institución brotó en Roma, exigiendo por su naturaleza y por su origen austerísimas virtudes. Expuesto el cadáver de Lucrecia, reunidos en torno suyo los parientes de duelo, un sentimiento corre por toda la multitud romana, el horror á los tiranos, la compasión de sus víctimas; y los ciudadanos más débiles vociferan todos á una palabras de muerte contra los Tarquinos, palabras de amor para los vengadores; y en el Foro, ante los templos, sobre la tribuna llamada de los Céleres, Bruto, usando aquella elocuencia que parecía súbitamente inspirada y sugerida por el cielo á sus labios, pinta los crímenes de Tarquino, del parricida que inmola en las gradas mismas del templo de las leyes á su pródigo bienhechor; los crímenes de Tulia, quien pasa la rueda de su carro sobre su propio padre muerto, y se salpica, cual siniestra hiena, con la sangre que había originado su sangre, y por último, los crímenes de Sexto, traidor en sus vicios á un culto como el culto de la hospitalidad romana, capaz de gastar con sus uñas el granito férreo sobre cuya resistencia se funda la Ciudad Eterna, el hogar y la familia. Dirigido por tan protervos criminales, encadenado al carro de una monarquía despótica, constreñido como los vasallos de las antiguas sociedades asiáticas á la corvea de un trabajo enorme que construye palacios para los reyes y calabozos para los ciudadanos, el pueblo aquel no tiene otro recurso que derribar la monarquía, ni puede acercarse á otro puerto que al seguro y firme de una verdadera República. Estos estallidos sublimes de una elocuencia no escuchada en Roma, después que la tiranía se ha levantado sobre las espaldas colosales de aquella ciudad gigante, conmueve los ánimos en tal modo y con fuerza y virtud tanta, que Tulia, la reina proterva, huye de su palacio entre maldiciones pare-

cidas á gritos de furias, y muere maldecida; Tarquino vuelve del asedio de Ardea y se halla con las puertas de su ciudad cerradas y el ejército en armas contra él; Sexto corre á Gabia, donde acaba de golpe violento como á sus crímenes cumplía; mientras el pueblo y el Senado á una, en solemnes decretos, abrogan la monarquía, y proclaman la República, y entregan el puesto, el sitio, el poder de los reyes á dos electivos cónsules verdaderamente responsables, en quienes Roma puede ver su hechura, su nombre, su honra, su derecho, su poder omnímodo y su autoridad majestuosa.

— Pola — dijo su esposo á la hermosa y elocuente joven, — la primera grave reacción iniciada contra la República también ha merecido muchas veces mis vigiliás. Destronados los reyes no habían podido conformarse con su destronamiento. En el flujo y en el reflujo de las acciones y de las reacciones sociales volvían como espectros á la Roma libre, harta de todos ellos y de sus privilegios hasta el punto de tomar el nombre de rey como palabra nefastísima, la cual no debía pronunciarse jamás, por generadora de calamidades y desventuras sin término y sin cuento. Pero volvían muchas veces, y volvían ayudados por reyes vecinos como Porsena, quien comprendía que una República en Roma daría de sí, tarde ó temprano, una República en todo el Lacio, y una República en todo el Lacio daría de sí una República en toda Italia. Sostenida por ideas tan exactas, la reacción latina trataba de restaurar los Tarquinos, y el patriciado se oponía más aún que la plebe á esta restauración. Mucho debía repugnarle á la matrona Veturia. Conociendo los sentimientos patriotas de su hijo Coriolano, precisa recordar que los bebió en el corazón de aquella idolatrada madre, fiel á la vieja virtud romana que las madres guardaban en el hogar privado con tanta fe como pudieran las vestales en el hogar público. De aquí el influjo ejercido por las mujeres en general y por las matronas ó las madres en particular durante los primeros y más gloriosos tiempos de la República romana. Veturia toma en la tradición un tan severo aspecto y una tan excelsa magnitud, que parece la imagen hierática de Roma misma. Conjurábanse un grande cúmulo de circunstancias á generar la reacción monárquica. El pueblo se revolvía en algunos momentos contra sus nobles, y por tal modo los odiaba que prefería no pelear por la patria, palacio para los empinados,

calabozo para los humildes. Por estos abatimientos en los ánimos explícense las circunstancias que concurrieron en la fortuna de Porsena, el rey favorable al restablecimiento de los Tarquinos. Así nos cuentan los historiadores más veraces que tal reaccionario mereció del Senado cuantiosas ofrendas, como un trono de marfil al modo asiático, una diadema de oro, un cetro del mismo metal, una estatua que se ostentó largo tiempo en el ingreso de las curias. Si el corazón de los romanos hubiera podido rendirse á la monarquía como se rindieron sus fuerzas, acaso los Tarquinos volvieran á la Ciudad Eterna y Porsena lograra sus reaccionarios intentos. Pero la nobleza romana mereció bien de la humanidad por los esfuerzos que opuso á este criminal retroceso, contrario de todo en todo á los humanos y universales intereses. Primeramente Bruto, en quien resplandecía la madura y alta razón propia de un consumado estadista, no quiso que á la separación y ausencia del rey se quebrantara la virtud del poder supremo, y reforzó la temporal y fugaz autoridad superior de los cónsules, necesitada de mucha fuerza, por lo mismo que no provenía de lo alto, ni de la herencia, ni de la tradición, por lo mismo que provenía de toda la ciudad, manteniendo la obediencia y la disciplina, muy necesarias á un pueblo todavía falto de aquellas múltiples calidades que se piden y se necesitan para el propio gobierno y la representación por medio de delegados y delegaciones populares en las venerables magistraturas y en las sublimadas jerarquías constitutivas de las verdaderas y altas personificaciones del Estado. Y no contento con esto, proscribió al mismo Colatino, autor principal de la revolución, por su mujer Lucrecia, creyendo imposible la presencia de un pariente de los Tarquinos en una República niña, muy expuesta de suyo á retroceder hacia la monarquía, y dotó á los pontífices con las atribuciones religiosas antes imputadas al poder real, á fin de que ni los más devotos de las antiguas creencias echasen de menos en el hogar y en el templo á los antiguos reyes. Pero ni aun así evitaron las reacciones. Mucha gente, con especialidad la juventud áurea romana, quejábese del reemplazo de reyes, personas accesibles á la lisonja y al ruego, en dones largas, en castigos cortas, por códigos inflexibles é instituciones impersonales, de donde no podían esperarse lluvias benéficas de gracias y favores. El aus-

tero vivir que sucediera, tras la revolución, al antiguo gozar en los senos de una monarquía etrusca, tan fuerte como espléndida, había todo él ido contra las prerrogativas y las ventajas de los jóvenes patricios, caídos de la corte y de sus fiestas al pie de burdos plebeyos y leyes durísimas. Así es que la reacción sobrevino pronto, y una parte considerable del patriciado joven la mantuvo con su palabra y con su fuerza. Y como llegaron los enviados de Tarquino á llevarse las joyas y ajuares de sus reyes, cuya devolución decretara el Senado, aprovecharon los jóvenes reaccionarios la coyuntura para urdir una confabulación que restaurase la vieja monarquía. Delatados por un siervo, á quien denominaban Vindicio, encontráronse los hijos del propio Bruto entre los conspiradores. La trágica situación del romano hiere y aflige aún hoy á cuantos leen las viejas historias. El combate acérrimo entre su amor de padre y su deber de cónsul conmueve hoy mismo á los siglos como una de las más acerbadas pruebas por que haya pasado jamás el corazón humano, pues pudo sin quebrarse presenciar el suplicio de aquellos que eran carne de su carne y sangre de su sangre, todo por la República, por la libertad y por la patria. Con tamañas severidades no hay que decir cómo tratarían las pretensiones del rey destronado. Su cuantioso ajuar etrusco fué por el pueblo entrado á saco, y su campo entre las orillas del Tíber y la montaña del Palatino puesto entre las cosas públicas y trocado en campo de Marte. La traición última de Tarquino resolvió este asunto, en el cual tuvieran los padres y los conscritos muchas perplejidades, temerosos de que si devolvían las riquezas cuantiosísimas del tirano, sirviesen de alimento á una conspiración, y si no las devolvían, sirviesen de pretexto á una guerra. No tardó en declararla, secundado por los reyes de las gentes etruscas, á quienes descontentaba mucho una República en Roma, perjudicial á todas las monarquías. Pero la heroicidad de Horacio Cocles echándose desde lo alto al Tíber para redimir á su patria y evitar el ingreso de los irruptores por la puerta romana, el martirio de Mucio Escévola quemándose la mano con que marrara el golpe al rey Porsena, el amor y el sacrificio de Bruto inmolando sus propios hijos, conjuraron aquella terrible reacción monárquica y trajeron al cabo la consistencia de una República por tantos enemigos amenazada en su cuna.

— Y paréceme — dijo Persio — que Lucano completaría el poema de un advenimiento como el advenimiento de la República con otro poema como el poema del advenimiento de la democracia en Roma. Había en Roma una casa plebeya, espejo de todas las virtudes y ejemplo vivo para todos los ciudadanos. Componíanla padre, hija y madre, formando un conjunto de amor y de virtud, que llamaba y merecía el culto público de todos los ciudadanos. El padre, centurión, procedía en las centurias militares cual procedía como jefe de familia en el hogar, como miembro de comicio en el campo. La madre hilaba, cosía, guardando el fuego sacro ante los penates como una vestal y disponiendo la casa como un templo y la familia como un sacerdocio. Su hija predilecta se llamaba Virginia, y en ella, en su hermosura, en sus prendas morales, en sus virtudes precoces, tenía puestos los ojos aquel feliz matrimonio. Virginia, por su recato, por su modestia, por su pudor, por mil virtudes varias, resaltaba entre las jóvenes romanas. Bien pronto, pues, la requirieron de amores y la reclamaron en casamiento á sus padres. Deseoso de granjear la felicidad á quien por tantos títulos debía merecerla, Virgínio se fijó en Icilio para esposo de su hija. Era éste un plebeyo muy honrado, que había ejercido la magistratura tribunicia en tiempos harto difíciles para la Ciudad Eterna y para el pueblo rey. La honra, el amor, la virtud, la gloria, se juntaban allí para dar venturas sin cuento á dos seres sin mancilla. Mas ¡ay! que ni la honra ni la vida están seguras donde creen los tiranos disponer á su arbitrio y antojo del derecho de todos. Mientras Icilio y Virginia, novios, se daban á sus sendas esperanzas, prometiéndose una vida larga y feliz en el seno de un hogar tranquilo y honrado, Apio Claudio, un aristócrata, producto de cien tiranos soberbios, los atisbaba para perderlos. El hermoso continente de la joven, su castidad purísima, su belleza inenarrable, las gracias de su alma, los ecos de su renombre, todas las ventajas que debían servir al respeto universal y reservarla para el hombre á quien prefería su corazón, atrajéronle, para su desgracia, el amor de un déspota, quien, acostumbrado á hollar todas las leyes y á vencer todas las resistencias, no podía comprender la ley del honor ni detenerse ante la resistencia de una verdadera y acrisolada virtud. La felicidad tranquila de los dos amantes, sus proyectos y